

FELIPE II Y EL LEVANTAMIENTO DE TROPAS SEÑORIALES

David García Hernán
(Universidad Complutense de Madrid)

A LARDES Y RECLUTAMIENTOS SEÑORIALES

Durante el reinado de Felipe II se produjeron de forma casi continuada y constante una serie de alardes y levantamientos de tropas señoriales que reflejan la preocupación de Felipe II por la defensa de la Monarquía en los propios dominios peninsulares, a la vez que la pervivencia de ciertas prácticas que tienen en puridad un carácter más medieval que verdaderamente moderno⁽¹⁾. A través del estudio de la documentación referente a varias casas señoriales -todas ellas muy significativas, hemos podido comprobar procedimientos y actitudes muy similares por parte de los señores.

Cuando uno se acerca a este tipo de documentación, una de las primeras impresiones que recibe es el escrupuloso respeto del monarca por la jurisdicción señorial y el posicionamiento claro al lado de la legalidad vigente para relacionarse con estas autoridades intermedias. La realidad del señorío estaba muy presente en la mente del monarca; sobre todo a la hora de realizar tareas propias de la articulación del Estado como era ésta de poner en marcha un dispositivo militar⁽²⁾.

En lo que se refiere a los aspectos formales y de organización logística que se llevan a cabo en tierras señoriales para levantar soldados a través de las órdenes del rey y del señor, se pueden establecer unas pautas que son comunes prácticamente en todos estos dominios. Una vez recibida una carta del monarca acerca de la necesidad de tener a la gente del estado señorial en cuestión apercibida y dispuesta a una eventual intervención, los señores comisionaban y ordenaban a su corregidor y justicias mayores en los diferentes señoríos para que hiciera juntar alarde, "para que los vecinos salgan con sus armas y se registrar" en todos los lugares de su jurisdicción. El mandato regio se realizaba para que, en caso necesario, estas tropas se juntaran también con otras ya dispuestas para un objetivo militar determinado, haciendo especial hincapié normalmente en insistir en su calificación de enemigos de "nuestra Santa Fe Católica y relixión cristiana"⁽³⁾.

El corregidor ordenaba a su vez a su teniente en la villa en cuestión que llevara a cabo el alarde, una vez pregonado, para un determinado día. Habían de salir con sus armas ese día a la plaza pública, sin haber distinción de estados. Así, los hidalgos tenían que presentarse también con sus armas y caballo, so pena de una condena bastante considerable⁽⁴⁾.

Todo estos dispositivos se llevaron a cabo en estados tan significativos como el de Infantado, Osuna, Arcos, Medina Sidonia, etc. En Béjar, por ejemplo, con ocasión de los alardes de 1596, en plena guerra contra Inglaterra, en el bando pregonado se especificaba por parte del corregidor que estos movimientos se hacían en última instancia porque el rey le había mandado al señor que, de acuerdo con él, los que tuvieran hacienda de más de cien mil maravedís habían de comprar y tener arcabuces con todos sus pertrechos; y los que tuvieran menos, espadas bien aderezadas. Todo esto se ordenaba -muy importante- "porque así conviene para el servicio de Dios nuestro señor y de su majestad" y "de su señoría del Duque de Béjar"⁽⁵⁾.

Así, se dio notificación al alcalde, regidores, jurado y alguacil mayor y se puso bandera enarbolada en la ventana de la audiencia de la villa.

Quedaba claro de esta forma, que una vez que había penetrado la orden regia en tierras de señorío, a los vasallos se les incitaba a la defensa armada por el servicio de Dios -de ahí la importancia que ponía el monarca en establecer estos principios de Dios y la "Relixión Christiana" en este tipo de mandamientos-, y de su más directo señor natural en este ámbito eminentemente local (aunque las consecuencias de sus actuaciones pudieran traspasar los límites de los respectivos estados señoriales) y dentro de la jurisdicción señorial: el señor. Esto explica la omisión en algunas ocasiones del concepto del servicio real por parte de los vasallos.

Este tipo de preparativos y de órdenes de las instancias estatales -el rey- y señoriales -el señor- fue una constante a lo largo de la Edad Moderna y sobre todo en la época en la que estamos estudiando, donde Felipe II tuvo especial interés en el recurso a las tropas señoriales para la defensa de los reinos peninsulares.

En general las respuestas de los vasallos -poco presionados en este sentido por la autoridad señorial a juzgar por la repetición de órdenes de que se efectuaran los alardes correspondientes- dejaban bastante que desear. No sólo no se presentaban a los alardes todas las personas que estaban convocadas para ellos, sino que las armas de que disponían eran muy rudimentarias y escasas, como se puede ver claramente en el estado de Arcos⁽⁶⁾ o en los señoríos de los dominios madrileños del Duque de Infantado, como el Condado de Manzanares⁽⁷⁾, por ejemplo.

En otras ocasiones, en las llamadas a los grandes para el alarde y posterior reclutamiento de tropas en sus lugares se insistía en las órdenes reales en que se invocara expresamente que todo eso se hacía "para defensa de sus propias casas" y, así, "es justo que assi lo hagan y que vos [el Duque del Infantado] tomeis la mano ello y en que me aviséis de la orden que diéredes"⁽⁸⁾. Anteriormente, el rey le había expuesto a don Íñigo López de Mendoza que en este sentido había escrito también a regidores y justicias de realengo para que lo ejecutasen en los lugares de su jurisdicción, pero que en los lugares del duque no lo ejecutasen, sino "mirar si se cumple". Una vez más, el papel de las

autoridades intermedias -los señores laicos en este caso- y el respeto a su jurisdicción se nos presenta como fundamental para la articulación del estado moderno⁹. Eran, sin duda, otras dimensiones del *auxilium* del señor a su rey. A pesar de su carácter privado, este tipo de propiedades y de servicios entraban dentro del engranaje estatal defensivo de la Monarquía.

LOS SEÑORES Y LA REORGANIZACIÓN DEFENSIVA DE LA MONARQUÍA

A lo largo de todo su reinado hubo una clara determinación por parte del Felipe II de realizar una serie de intentos para la reorganización de la defensa territorial de la Monarquía. El objetivo era claro. Las necesidades urgentes militares de la monarquía estaban gravando ya de una forma inaguantable la hacienda real, toda vez que la formidable pero costosísima máquina de los tercios¹⁰, y los dispositivos militares en general en los territorios internacionales de la Monarquía Católica¹¹, no podían ni, en la concepción estratégico-defensiva del monarca, debían hacerse cargo de la defensa territorial. Había que buscar una respuesta a los crecientes peligros de los "enemigos de la Santa Fe Catholica" lo menos gravosa posible; tal y como le aconsejaban algunos tratadistas de la talla del propio Duque de Alba, cuando le argumentaba -en contra de sus propios intereses señoriales, lo que da también otra idea de la inmensa talla de hombre de estado del "Duque de Hierro"¹²- que era mejor dejar en manos de los señores estos dispendios para no asfixiar de gastos a la hacienda real¹³. Con la primitiva y medieval vía del "*Axilium*" regio, el monarca iba a querer llevar a cabo estos planteamientos de forma sistemática, abordando la cuestión desde diversos frentes.

La sublevación de los moriscos había representado una trascendente señal de alarma, por no decir simple y llanamente de miedo para el monarca. El significativo año 1572 quiso llevar a cabo una empresa de gran envergadura comprometiendo institucionalmente y de forma generalizada a las altas instancias jurisdiccionales del Estado en esta empresa común.

En agosto y septiembre de ese año Felipe II mandaba una cédula real a las ciudades, titulares de señoríos de la Iglesia y a los señores laicos de vasallos instándoles a que le comunicaran las armas y hombres de guerra que hay y que pudieran servir con ocasión de movimientos militares y peligro de invasión. Las respuestas de los obispos a este llamamiento ya han sido analizadas por el profesor Enrique Martínez Ruiz. Me cabe ahora a mí hacer una análisis, dentro de la temática de esta comunicación, de las respuestas dadas por los señores después de realizar las averiguaciones pertinentes, con unos cauces bastante similares a los que acabamos de exponer brevemente, en sus señoríos.

Este tipo de iniciativas se habían dado en el pasado y se daría en el futuro. El rey prudente estuvo plenamente decidido en hacer participar a la nobleza en su "primitiva misión", como lo muestra la gran cantidad de nobles que todavía estaban presentes en el ejército en todos los niveles, e impulsó figuras institucionales con unas determinadas connotaciones sociales, prácticamente olvidadas, que recordaban más a la Edad Media que a los tiempos modernos, como eran los caballeros cuantiosos. Tenemos constancia

documental también de que hubo decididos intentos por parte del monarca para hacer resurgir esta institución militar de carácter militar.

Antes de la sublevación de los moriscos había promulgado el monarca dos provisiones, en los años 1562 y 1563, por las que se regulaba detalladamente las obligaciones de tales caballeros cuantiosos, tanto en lugares de realengo como de señorío. Sus puntos fundamentales hacían referencia a la obligación de los vecinos que tuvieran una hacienda valorada en 1.000 ducados o más de tener caballo y armas y contituirse en caballeros cuantiosos, a la posibilidad de que cualquiera que estuviera por debajo de esa hacienda pudiera acceder voluntariamente a ese estado de caballero cuantioso, y a la obligatoriedad de que se confeccionaran unas listas de dichos caballeros que habían de ser emitidas al monarca y de que se realizaran alardes anualmente de cuantiosos⁽¹⁴⁾. Estas provisiones se llevarían a cabo en los estados señoriales⁽¹⁵⁾.

Las respuestas de 1572 por lo general, aunque con alguna variación singular, no son muy detalladas pero tremendamente significativas. Son documentos de excepcional valor fechados generalmente entre septiembre y octubre de 1572, en forma de respuestas por parte de los señores laicos titulados sobre la formación de cofradías o hermandades de hijosdalgo para el ejercicio de las armas, fomento de la caballería y defensa del reino; y sobre todo, sobre la disposición en que tenían sus respectivos estados, en cuanto a recursos humanos y dispositivos materiales para hacer frente, en un momento determinado a un ataque enemigo, constituyéndose así los señores y sus estados en defensores del reino.

En general hay que decir que éstas fueron bastante decepcionantes. La mayor parte de las contestaciones recibidas dan respuestas evasivas y acompañan argumentos de cierto peso. Una de las más frecuentes es lo gravada y endeudada que está la hacienda señorial con el agotamiento económico que tenían muchas casas ya a estas alturas, constatado por varios trabajos aparecidos en los últimos años⁽¹⁶⁾, para no hacer con la solicitud requerida lo que encargaba el monarca.

Así por ejemplo, el Marqués de Viana, entre otros, respondía sin más al llamamiento real que su casa era pobre y que estaba pasando muchas necesidades, sobre todo a causa de las jornadas que hizo con el emperador, además de por tener muchos hijos "no podía servir mas de con su persona"⁽¹⁷⁾.

Las preocupaciones por los vasallos y por no ejercer sobre ellos más presión que, a la larga, podía repercutir en las rentas señoriales desde la dinámica de un cierto equilibrio que no agotara económicamente a los vasallos, también estaban presentes, y con cierta insistencia, en las respuestas.

Así, el Marqués de Velada se excusaba diciendo en primer lugar que la primera parte de su hacienda eran dehesas y que tenía 3 lugares de unos 200 vecinos cada uno cuyas alcabalas y tercias eran del rey, teniendo sólo el Marqués la jurisdicción de ellos. Por estas causas argumentaba este señor que "no ay de q. les poder hazer gracia ni tengo con q. los ayudar para q. estén preuenidos de armas".

Además, se seguía excusando el Marqués afirmando que estos lugares estaban en tres montes y la gente que habitaba en ellos era pobre y vivía de llevar leña a los pueblos circundantes. No obstante, también decía que en dos de estos lugares había algu-

nas yeguas y que procuraría que "se hechen al cauallo y q. se guarde la pregmática", y que ofrece pasto de sus dehesas para que pasten algunas yeguas de las del rey⁽¹⁸⁾.

Pero en lo que coincidían gran número de señores era en la simple respuesta de que en sus estados había falta de caballos y/o armas; aunque, eso sí, casi siempre se terminaban las cartas con una etérea intención de hacer lo que fuera posible si lo mandaba el rey, dejando claro que se trataría entonces de un "caro" servicio requerido por el monarca, con vistas a futuras contraprestaciones. El Marqués de Mondéjar, por ejemplo, respondía que haría caso de las prevenciones que *recomendaba* el monarca, pero expresaba claramente que en sus dominios había mucha escasez de caballos y que la gente estaba muy desarmada y con mucha necesidad⁽¹⁹⁾.

Por su parte, el poderoso Conde de Benavente, que escribía nada menos que en 15 de enero de 1573, sin ni siquiera excusarse por la tardanza en responder, que en la mayor parte de los lugares de su estado no había quien tuviera de espada arriba, y algunos hidalgos unos pocos caballos que no llegaban a diez. Asimismo, ningún concejo tenía armas para su uso por ser viejas y pocos arcabuces, y que no ha podido sacar más en claro, a pesar de haberlo procurado, con sus vasallos "porq. miran más al aumento de sus haziendas que con estar armados". A pesar de esto, decía el Conde que tenía en Benavente una armería donde se podrían armar buen número de gente de a pie y de a caballo con alguna astería, picas y piezas de artillería, y los caballos que fuera necesario para él mismo y para sus hijos y criados⁽²⁰⁾.

El Conde de Alcaudete expresaba su intención de poner diligencia para que la gente de su tierra estuviera apercebida y bien armada, pero que a causa de la rebelión del reino de Granada su estado estaba falto de caballos y armas. A pesar de esto el conde decía que haría todos los esfuerzos posibles para que los caballeros cuantiosos tuvieran caballos y los demás armas. Por último decía algo muy significativo que diagnostica en realidad una situación general de la nobleza castellana de esta época: querría tener la experiencia de sus pasados "para dezir la orden q. en abilitar esta gente se podrá tener", y que luego pondrá efecto en lo que su majestad le envía mandar⁽²¹⁾. Pero, ni las circunstancias de la monarquía eran las mismas que en la época de sus pasados, ni él mismo, como la mayoría de los otros grandes nobles de la época, era tan "plático" en las cosas de la guerra como sus abuelos. Haría falta algo más que unas órdenes directas del rey para que se diera la situación anterior.

Por su parte, Don Rodrigo de Ulloa respondía primeramente a las instancias reales diciendo llanamente que por el momento no estaban a punto como deseaba para servir a su majestad y que lo estará siempre que se le enviara a mandar, como lo acostumbraba a hacer. Además veía Don Rodrigo difícil que en sus dominios en esta ocasión se pudiera aumentar la caballería "por estar la gente pobre y descuydada de cosa semejante". Por último ponía ciertas condiciones a la iniciativa del rey cuando consignaba que podría servir con una buena cantidad de infantería útil "siendo S. Magd. seruido de mandar que de la orden que diere en mi tierra conozca solamente el cons.o de guerra y no otro ningún tribunal⁽²²⁾".

No era el único caso de poner condiciones a esta iniciativa real. Un buen número de señores, en su línea paternalista de actuación y su interés en que los vasallos conocie-

ran de primera mano que no eran sus señores quienes les presionaban con estas nuevas exigencias, sino el propio rey, querían tener una prueba documental de esto. Además, alguno que otro también pedía la ayuda económica del monarca para esta tarea.

Así, por ejemplo, el Duque de Escalona respondía lacónicamente que dándosele provisión real para compeler a sus vasallos que estén apercebidos de caballos y armas servirá con ellos y con su persona ("y en lo que toca a mi tierra y vasallos, siendo V.M.d. servido de dar los medios que para esto puede auer, y a mí la mano de la execuçión que fuere neçesaria, creo que abría golpe de gente armada, ansi de a pie como de acaballo con que V.Md. pudiese ser servido quando quisiere, y hasta entender ellos esto no sería posible sauer al çierto lo que V.Md. pregunta")⁽²³⁾.

Incluso algunos grandes, precisamente de los más grandes, no atendieron cumplidamente a las relaciones que pedía el monarca, sino que se movieron entre respuestas ambiguas indicando que "se servirá en lo que Su Magtd. ordenare mandar". Además, se hacía alusión a los servicios prestados por los antepasados. Esto se repite mucho, como hemos podido ver con gran insistencia en la documentación señorial, y creemos que ha de entenderse como una justificación de su posición social, toda vez que las circunstancias habían variado y ya no se estaba en la misma situación para ofrecer el *auxilium regio* (tampoco se daban las condiciones para calcular con un mínimo aceptable de seguridad las recompensas que esto traería consigo).

El todopoderoso Duque del Infantado se disculpaba en primer lugar por no haber respondido hasta el momento -lo hacía nada menos que el 15 de noviembre- por haber estado muy enfermo. Luego, en un tono entre demasiado general y etéreo respondía que la disposición con que él y los de su casa se encontraban para acudir al servicio del rey siempre era la misma que habían tenido sus antepasados. Así, estaría apercebido a caballo y a pie, con armas o sin ellas, "cada y quando que yo entendiere en lo que podrá servir, pues V. Mgt. me tiene obligado a esto con particulares mercedes", para servir al rey. Para esto, se fijaba en el modelo que le mostraba el rey por el cuidado que ponía en que sus súbditos ("pe. me le doblará a mí") estuvieran a punto, cuanto más bien apercebidos pudieran⁽²⁴⁾. Estaba claro como era entendido este tipo de servicio en la dinámica del poder: "*auxilium*" a cambio de mercedes.

El Conde de Miranda, por su parte, respondía con cierta solicitud a la iniciativa real: diciendo en primer lugar que en su tierra había cantidad de arcabuceros y ballesteros, y alguna gente de a caballo, y que para que se ejercitaran y no se deshicieran de dichas armas les ordenará que hagan algunas fiesta a pie y a caballo. Además, con cierta rotundidad decía que tenía armas para la gente de su casa, "los q. les están siempre proueydos de buenos caualllos"; de tal forma que con esto y con su persona y hacienda acudiría a servicio real⁽²⁵⁾.

El Conde de Nieva advertía en primer lugar que con la muerte de su padre y las deudas y pleitos que de ella le resultaron y la necesidad con que le dejó había estado ausente de sus dominos y que por esta causa no podía dar de ellos la relación tan particular que se le mandaba. No obstante, expresaba la intención de que cuando se reincorporara a ella con más atención vería la disposición que podría haber para criar caballos y armar sus vasallos; y que, considerando las circunstancias que se podían dar hizo armar

en Arnedo, por estar a dos leguas de la frontera de Navarra a buena gente e inclinada a las armas en número de 1.400 hombres de arcabuces y picas de fresno. También sugería la posibilidad de que las posibles fuerzas se ejercitarían mucho si se les diese licencia para tirar con arcabuz y pelota rasa a cualquier género de caza⁽²⁶⁾.

Además de alguna respuesta que hemos visto, había también casos -los menos- en los que se cumplía, sin ningún tipo de prevención, cuidadosamente con lo que encargaba el monarca. Si observamos la lista de personajes miembros de algún consejo o afectos al poder real porque desarrollaban su carrera fundamentalmente en la corte, esperando recompensas para su casa, vemos que bastantes de estos señores cumplidores responden a esta situación, o a la de estar enzarzado en algún pleito, importante para su casa, que se había de dilucidar en los tribunales reales. Seguramente no es casualidad ...

Este último es el caso del Conde de Bailén, que diputaba ya desde hacía años su estado con el Duque de Arcos. Bailén expresaba en primer término que en 1566 había ordenado en su tierra que, conforme a las haciendas de cada vecino, se les repartiesen arcabuces, ballestas y picas; al mismo tiempo que se sugería que se señalasen días en que se ejercitasen y diesen premios a los que mejor lo hicieran⁽²⁷⁾.

En el año 1571 se volvió a hacer en sus estados nombramientos de esta gente de armas así como de los cuantiosos, señalándose 40 de a caballo y 220 arcabuceros y 270 piqueros; aunque no tenían todos armas por haberse gastado algunas en la guerra de Granada. No obstante, procuraría en toda brevedad que se llevaran de Vizcaya las necesarias y que pondría mucho interés en todo este asunto⁽²⁸⁾.

El Duque de Arcos, por su parte mostraba también una iniciativa mucho más colaboradora con la monarquía. Decía, en aquella época en que también estaba pendiente de su designación para un virreinato⁽²⁹⁾, que "con su persona y lo q. valiere y tuviere será de los primeros q. salieren a servir a Su Magt.". Además, se encargaba, según el encargo regio, de sacar una relación, como lo hizo⁽³⁰⁾, de los caballeros cuantiosos que había en sus dominios, no pudiendo dar noticia exacta de la gente de que disponía y con la que podía servir hasta que no estuviera acabada esta relación.

Por otra parte, Arcos expresaba su preocupación de que era muy conveniente que del lugar que se juzgara más conveniente se llevara a Andalucía una buena cantidad de arcabuces para que la gente estuviera armada, repartándose conforme a la calidad y cantidad de cada lugar, pagándose el precio de ellos y el coste de su transporte. Además agregaba con respecto a la instrucción en estas armas "y la justicia tenga cuenta con q. los exerçiten"⁽³¹⁾. También escribía el de Arcos informando al rey, a través de su secretario, de que en breve se presentará en la corte para seguir los pasos, junto con sus letrados, del pleito que tenía pendiente con el Conde de Bailén. Tampoco creemos que sea mucha casualidad introducir este tipo de información en este asunto.

El Conde de Chinchón, el activo cortesano de la última época del reinado de Felipe II, que llegó a formar parte de la "Junta de la Noche"⁽³²⁾, respondía muy cumplidamente que tendría a punto las lanzas con que su casa acostumbraba a servir de buenas armas y caballos todas las veces que se le ordenara, porque a causa de la paz que había habido en esos reinos sus dominios estaban desprovistos de armas. Sugería entonces en este

punto que habría muchos vecinos que tomarían las armas y servirían al rey si éste daba licencia a los concejos de sus lugares para prestar a los particulares el dinero necesario para comprar 1.500 ó 2.000 arcabuces, 1.000 picas y 300 coseletes, repartiéndolos entre los vecinos. Terminaba el conde afirmando con rotundidad que serviría al rey con gran voluntad⁽³³⁾.

El Duque de Francavilla, el suegro del Príncipe de Éboli, decía que había poca forma para que los señores pudieran sacar infantería de sus tierras, "porque en ellas no se hallará a propósito, y, la que hubiere sería poca", añadiendo además que tampoco la habría en los lugares de realengo. Estando él de asiento en su casa, serviría no obstante con 100 hombres de armas y 30 caballeros, más otros 30 hombres de armas y su persona y casa y con los caballeros deudos y amigos de su casa cuyo número aún no podía decir "por depender esto de muchas voluntades"⁽³⁴⁾.

Para cumplir esta iniciativa real, se comprometía a escoger los hombres más apropiados en Huete, La Mancha, Soria, Molina y sus tierras y comarcas. A estos hombres les daría sueldo y les tomaría alarde de cuatro en cuatro meses, dándoles un tanto al día cuando salieren con su persona o por su orden.

Por su parte, los 30 caballeros comerían a su mesa y no habrían de salir si no fuera con su persona o la de su nieto, pero que enviarán sus 30 hombres de armas. Todos ellos se proveerán de buenos caballos y no recibirá el duque por caballero a nadie que no tuviera hacienda para sustentar los caballos. Además, para todos enviará el duque a Milán a por armas, decontándoselas, como era preceptivo de su sueldo, y dará cada uno un vestido con sus colores, a modo de uniforme, que guardará en la recámara⁽³⁵⁾.

El Marqués de Mirabel también respondió con cierta extensión. En primer lugar para hacer referencia a la voluntad con que servía en las empresas de la Monarquía, y después para detallar los recursos de que disponía. En una fortaleza suya tenía coseletes, picas y arcabuces para armar a casi 200 hombres y algunas piezas de artillería pequeñas de bronce. Además, en un lugar cerca de Plasencia había tenido hasta el momento 80 ó 90 arcabuceros, aunque en el momento de hacer esta relación no había tantos a causa de la Pragmática que se había hecho con respecto a esto. En concreto, se refiere con toda seguridad el Marqués de Mirabel a la prohibición que había hecho Felipe II en Valladolid en 1558 de fabricar o introducir en los reinos de Castilla arcabuces cuyo tamaño de su caña fuera menor de una vara, debido a que habían llegado relaciones al rey de que se hacían muertes secretas matando a los hombres a traición con este tipo de armas⁽³⁶⁾.

Por otro lado, en los lugares que tenía cerca de Vitoria podría "salir con buena gente de a caballo", pero que por ser todos hidalgos, y por tanto no poderlos obligar, contemplaba el marqués la posibilidad de "rogarlos y hazerles alguna comodidad"⁽³⁷⁾.

Como se ve, las pervivencias medievales y el respeto a las jurisdicciones por las instancias superiores, ya no sólo de la monarquía, sino de los propios señores, no pueden ser más evidentes.

El Marqués de las Navas cumplía en esta ocasión fielmente la requisitoria del rey y enviaba una relación de las armas que tenía y de las que había en su tierra y de la gente que había para ejercitarlas. La relación era bastante extensa y detallada y, para darnos

una idea del potencial militar que, en realidad podían tener estos grandes señores, se componía de:

- Tres arneses de Alemania; -cuatro jacos de manga con mallas; dos coracinas de Milán, dos almillas de Milán; seis rodela; cuatro cascos y sombreros fuertes; 20 arneses de caballos ligeros con celadas borgoñonas y medias grevas y mazas y sillas armadas; 10 coseletes de caballos ligeros con morriones y mangas de malla y sillas; dos gorjales de malla tudescos; 56 coseletes de infantes; 110 morriones; 34 armas enastadas; 18 pitoletes; 10 arcabuces; 330 arcabuces que están repartidos en La Navas y Valde-maqueda; 36 escopetas viejas; dos medias culebrinas; dos medios cañones; cuatro cuartos de cañón; 18 sacres; 15 falconetes; 11 piezas de hierro, 30 mosquetes. Con estas cifras, estaba claro que su casa no estaba ni mucho menos desprovista de artillería ni de armas de fuego, algo que no debía pasar desapercibido a ojos de la monarquía.

Por lo que respecta a Las Navas, había 686 hombres que eran susceptibles de tomar armas en un momento dado. Estos hombres tenían 11 arcabuces suyos; 67 lanzas y armas enastadas, 30 ballestas, y 198 espadas.

En Valdemaqueda había 170 hombres para poder tomar armas, y tenían tan sólo 1 arcabuz suyo, 8 lanzas, 2 ballestas, 6 dagas, 1 cola de malla, y 52 espadas.

En Pelayos había 182 hombres parapoder tomar armas y tenían: 5 arcabuces suyos; 2 pistoletas; 7 ballestas; 8 rodela y broqueles; 4 jacos de malla; 11 cascos; 55 lanzas; 7 puñales; y 103 espadas.

En Villafranca había 282 hombres con los que se podía contar para tomar armas, y tenían 22 ballestas; 46 lanzas y armas enastadas; y 101 espadas;

Por último, se hacía referencia a que en Povar y Valtejeros no habían enviado la memoria de las armas que tenían los 110 vecinos de estos lugares.

Además de esta relación tan relativamente detallada, el Marqués de las Navas expresaba también que su padre le había dejado repartidos en Las Navas y Valdemaqueda 300 arcabuces con ciertas ordenanzas "para que los que tienen se preçien de tenerlos y los tengan bien tratados". Con todo, intentaría el marqués no sólo conservar esto, sino incluso aumentarlo, repartiendo además en Pelayos 50 arcabuces para cumplir en esta parte lo que el monarca le mandaba. Además, pensaba comprar otros 150 arcabuces para ponerlos con otras armas en una sala donde estuvieran bien tratados y conservados.

Por otra parte, el marqués se comprometía también a nombrar personas que instruyera y ejercitara a estos potenciales soldados, con su capitán, bandera y tambor. Para estáo dará orden el señor de que tiraran con ellos los días que lo hacen los que los tienen en sus casas, y que acabada esta istrucciones los vuelvan a dejar donde estaban. Así, con estas medidas se suplirá la falta que había entre los que tienen en sus casas³⁸⁹.

La Marquesa de Alcañices declaraba en primer lugar que tenía 5.000 vasallos y que entre todos se encontraban 700 ballestas, 20 arcabuces y 600 lanzas, estando la mayor parte de los vasallos sin espadas, y advirtiéndole también de que a causa de dedicarse todos los vasallos a criar mulas y machos no había caballos. Terminaba diciendo la marquesa que por esperar lo que el rey "es seruido de mandar en esto" y en el apercibi-

miento de su casa y dominios no había hecho que sus vasallos se proveyeran de arcabuces, ballestas, picas y espadas conforme a las fuerzas de cada uno¹³⁹.

A pesar de estas últimas cumplidas respuestas a la iniciativa del monarca, había quedado claro con ésta dos cosas: que los grandes no presentaban un frente unido ni con las mismas características ante el estímulo de la llamada real (cada uno seguía buscando su solución individual, lo que tampoco era completamente desfavorable para el monarca por lo que tenía de omisión de la posibilidad de resurgimiento de las antiguas confederaciones de grandes) y que no respondían a este llamamiento, ni mucho menos, con la energía y la asimilación que pretendía el monarca, por lo que éste tendría que volver a iniciativas de este tipo en el futuro.

Así pues, pese al intento de recuperar viejas figuras militares del pasado (que es cierto que sí habían dado sus frutos) ya no se daban las mismas circunstancias socioeconómicas. El proceso de la Reconquista ya había acabado, y con él la prácticamente inagotable fuente de mercedes en forma de tierras (arrebataadas a los moros o a algún señor levantisco) y de mercedes. Ya no podían esperar los mismos nobles de su pretendida función militar. España había cambiado, y los planteamientos, pese a la obstinación de Felipe II y su concepción más medieval que verdaderamente moderna para la defensa de la monarquía, habían de ser por fuerza diferentes.

NOTAS

- ⁽¹⁾ No es éste un tema de investigación nuevo en la Historiografía (ahí están las interesantes aportaciones para el antiguo reino de Granada de GAMIR SANDOVAL, A.: "Repartimientos inéditos del servicio de la guarda de la costa granadina (siglo XVI), *Homenaje a Don Ramón Carande*, Madrid, 1963, I, y de CABRILLANA CIÉZAR, N.: "La defensa costera del reino de Granada: la iniciativa privada", *Chronica Nova*, 17 (1989); para el señorío del estado de Arcos de Casares de BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, R.: *Moriscos y cristianos en el condado de Casares*, Córdoba, 1982, págs. 149-159 ("papel militar del señorío"); o SÁNCHEZ PRIETO, A.B.: "Pervivencia de las huestes medievales en el Renacimiento", en *Revista de Historia Militar*, N°75, (1993), por ejemplo), sin embargo, es obvio que queda mucho para hacer una sólida valoración global y con tintes generalizadores en este tipo de cuestiones.
- ⁽²⁾ En la actualidad estamos llevando a cabo, junto con el profesor Enrique Martínez Ruiz y la profesora Magdalena de Pazzis Pí Corrales un amplio trabajo de investigación sobre Felipe II y la defensa de la Monarquía, donde analizamos el papel, no sólo de las tropas señoriales, sino de otros elementos militares importantes, como las guardas, en su misión de organización militar de régimen interno.
- ⁽³⁾ A.H.N. Nobleza-Toledo, Osuna, Leg.329-1, (s.fol.).
- ⁽⁴⁾ Como se puede observar -ya lo veremos y desarrollaremos también más adelante- hay un insistente afán de los señores por invocar acciones en servicio regio por parte de los antepasados en empresas militares. A.H.N. Nobleza-Toledo, Osuna, Leg.329-1, (s.fol.).
- ⁽⁵⁾ A.H.N. Nobleza-Toledo, Osuna, Leg.329 -1 (s.fol.).
- ⁽⁶⁾ GARCÍA HERNÁN, D.: *Los grandes de España en la época de Felipe II: los duques de Arcos*, Cap. VII, 1, 2, "El duque y su hacienda "en defensa del reino", Editorial Complutense (reprografía), Madrid, 1993.
- ⁽⁷⁾ A.H.N. Nobleza-Toledo, Osuna, Leg.1851-6 (s.fol.).
- ⁽⁸⁾ A.H.N. Nobleza-Toledo, Osuna, Leg.1976-6-1.
- ⁽⁹⁾ La carta del rey está fechada en Madrid a XVI de Marzo de 1590. A.H.N. Nobleza-Toledo, Osuna, Leg.1976-6-1.
- ⁽¹⁰⁾ QUATREFAGES, R.: *Los tercios*. Madrid. 1983.
- ⁽¹¹⁾ Vid. PARKER, G.: *El ejército de Flandes y el Camino español. 1567-1659*. Madrid. 1986; *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente. 1500-1800*, Barcelona, 1990; y QUATREFAGES, R.: *La revolución militar moderna: el crisol español*, Madrid, 1996.
- ⁽¹²⁾ Esta idea de hombre de estado y de entrega total al servicio de la monarquía está muy bien expuesta en toda la obra de MALTBY, W.S.: *El Gran Duque de Alba, un siglo de España y de Europa. 1507-1582*. Turner. Madrid. 1985.
- ⁽¹³⁾ B.N.M. Sección de Manuscritos, Mss. 12.179, Mss (microfilm) 5.802, Fol. 43 V.
- ⁽¹⁴⁾ A.H.N. Nobleza-Toledo, Osuna, Leg. 382, -6.
- ⁽¹⁵⁾ Entre los muchos ejemplos, A.H.N. Osuna. Leg. 153 -15.
- ⁽¹⁶⁾ CALDERÓN ORTEGA, J. M.: "La hacienda de los duques de Alba en los siglos XV y XVI: las instituciones", *Hispania*, 183, (1993); GARCÍA HERNÁN, D.: *Los grandes de España... Op. Cit.*, Capt. VI, 6.; YUN CASALILLA, B.: "Aristocracia, señorío y crecimiento económico en Castilla: algunas reflexiones a partir de los Pimentel y los Enríquez (siglos XVI y

XVII)", *Revista de Historia Económica*. Nº3. Año III. 1985, y *Consideraciones para el estudio de la renta y las economías señoriales en el reino de Castilla (S. XV-XVIII), en Señorío y feudalismo en la Península Ibérica (siglos XII-XIX)*, Zaragoza, 1994, III, entre otros.

- (17) Carta fechada el 20 de agosto de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25 (s. fol.).
- (18) Carta fechada el 6 de octubre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (19) Carta fechada el 13 de septiembre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25 (s. fol.).
- (20) Carta fechada el 15 de enero de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (21) Carta fechada el 30 de septiembre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (22) Carta fechada el 20 de octubre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (23) Carta fechada el 19 de septiembre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25 (s. fol.).
- (24) El subrayado del texto es nuestro. Carta fechada el 15 de noviembre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (25) Carta fechada en octubre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25 (s. fol.).
- (26) Carta fechada el 31 de octubre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (27) En este sentido decía también el conde que a la gente de a caballo se les ponía precios "para q. con mejor gana se exerciten". A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (28) Carta fechada el 10 de octubre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25 (s. fol.).
- (29) BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO R.: "El virreinato de Valencia en el "Cursus Honorum" de un noble andaluz: Designación y renuncia del Duque de Arcos (1571-72). *Studia Histórica et philologica in honorem M. Batllori*. Roma.1984.
- (30) Vid. GARCÍA HERNÁN, D.: *Los grandes Op. Cit.*, págs. 1049-1053.
- (31) Carta fechada el 19 de septiembre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (32) Sobre Chinchón Vid. FERNÁNDEZ CONTI, S.: "La nobleza cortesana: Don Diego de Cabrera y Bobadilla, Tercer conde de Chinchón", en MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.): *La Corte de Felipe II*, Madrid, 1994.
- (33) Carta fechada el 31 de octubre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (34) Se refiere como se puede colegir más abajo cuando se hace referencia a la hacienda que habían de tener estos caballeros para considerarlos como tales, a caballeros cuantiosos. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (35) Carta fechada el 13 de septiembre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (36) NUEVA RECOPIACIÓN, Ley 8, Título VI, Libro VI.
- (37) Jactancioso, también hacía referencia Mirabel a que era tan buena la gente de esos lugares que de sólo uno de ellos desde la época del rey católico habían salido 4 coroneles y 24 capitanes. Carta fechada el 24 de septiembre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (38) Carta fechada el 27 de octubre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).
- (39) Carta fechada el 1 de diciembre de 1572. A.G.S. C.C. Diversos, Leg. 25, Exp. 2 (s. fol.).